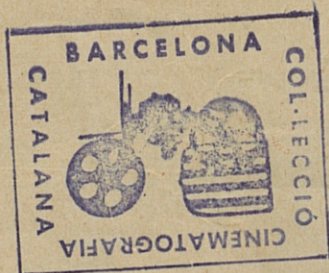




¡Anda
Casiano!
Wallace Beery





BRICE, Monte

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Núm.

37

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

¡ANDA, CASIANO!

(CASEY AT THE BAT, 1927)

Divertida comedia, interpretada por

el gran actor WALLACE BEERY y la

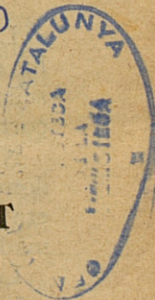
simpática artista ZASU PITTS.

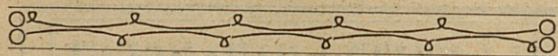
Es un film PARAMOUNT

distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

IMPRENTA BADIA
Dr. Dou, 14 - Barcelona





¡Anda, Casiano!

Argumento de la película

La acción de nuestra historia se desarrolla en los alegres días de 1890, cuando enseñar el tobillo de la mujer era pecado y cortarse el pelo una calamidad.

Nos encontramos en Villacéntrica, en donde la única diversión de sus moradores era por aquellos días el juego de pelota llamado base-ball.

Los jugadores eran ídolos de los lugareños, exactamente como ahora lo son los jugadores de foot-ball.

El más popular de los jugadores de Villacéntrica era Casiano, el traperero de la localidad de lunes a sábado y el niño mimado, a pesar de que contaba algunos años, los domingos.

La fama de que gozaba el vago de la céntrica villa era merecida, pues jugando al deporte de moda era un coloso. Con decir que su juego estaba en relación con su corpulencia física...

Aquella mañana — porque esta novela comienza como el día, por la mañana — Casiano recorría el pueblo pregonando su profesión, a guisa de trovador veneciano, pero en carro, para que se asomaran a la ventana las mujeres que tuviesen algún estorbo en casa para vendérselo.

Alguna lugareña había que de buena gana le cedería por nada al marido a cambio de él, pero Casiano era serióte y por tal razón se guardaban de pisar en falso.

Aquella mañana, por muy hermoso que fuese el sol, no pasaba un alma, es decir, no había negocio, pero, a pesar de todo, algo llevaba Casiano en el carro y ese algo lo descargó ante una modesta vivienda.

Ese algo era un chico, un cagoncito la mar de simpático y muy sumiso, al parecer, pues se dejó meter dentro de un saco y no dijo una palabra durante el camino ni se quejó tampoco al sacarlo de aquel original encierro el traperero. El chico debió pensar, muy lógicamente dentro de sus pocos meses, que un traperero no podía hacer

nada mejor que colocarlo dentro de un saco.

Casiano se puso al angelito debajo de un brazo y cargado de esa suerte entró en la casa, tarareando una canción, pues, aunque pobre, era un hombre feliz.

En la vivienda había dos mujeres, y a la que era la dueña le dijo el trapero, alargándole el chiquillo:

—Aquí tiene usted su nene, señora... Lo encontré en mi carreta.

La mujer miró al chico y luego a Casiano y respondió, riéndose, pero en verdad un tanto disgustada:

—¿Mi nene este? ¿No le ha visto usted el color de la cara?

Casiano contempló al chiquillo y se echó a reír a su vez. ¡Pues era cierto! El niño era negro, tan negro como una pesadilla... y como su madre, que lo era la otra mujer, criada de la blanca.

Comentando lo confusión, y para descansar un rato, Casiano sentóse encima de una mesa y, sin darse cuenta, hundió sus posaderas en un queso recién confeccionado con demoníacos ingredientes, a juzgar por el appestoso olor que despedía.

De pronto Casiano aspiró el dudoso "perfume" e instintivamente miró al cagoncito,

suponiendo habría hecho algún mantecado de su especialidad, y digo mantecado por no decir crema, que acaso estaría mejor, al menos porque la crema sale del horno y es caliente, mientras que el mantecado, aunque humee, es todo lo contrario.

¡Vaya con el nene! Podía pedir permiso...

Heridas sus finas narices por el olorcillo, Casiano tomó las de Villadiego, digo, las de Villacéntrica... y el "perfume" siguió con él por más que se alejase de la casa.

En tanto, en el café del pueblo, Elmer Puntnan, el tenorio de la localidad, terror de las doncellas, según él; un langostino con más presunción que un pavo real, se perfumaba ante un espejo y ladeábase el amplio sombrero de paja, disponiéndose a salir a dar una vuelta por la demarcación. Era secretario del Ayuntamiento, pero como el trabajo era escaso, se pasaba el día huroneando por el lugar, en busca de ocasiones...

Un vejete que jugaba al billar le dijo, al verle tan peripuesto:

—¡Qué bien huele usted, Elmerito!

El pollo calabaza le agradeció el piropo y salió del café contoneándose como una pollita.

El lema del secretario era: Dime qué perfume usas y te diré quién eres.

La causa de que se hubiese puesto irresistible en el café el tenorio era la mujercita más encantadora del pueblo: Camila, la hija del tendero más rico de Villacéntrica; un buen partido bajo todos los conceptos, aunque, para el niño cebolla, el principal motivo que le inclinaba a conquistarla eran las pesetas de la dote.

Camila se hallaba en la tienda, vestida para ir de paseo, y Elmer la encontró allí, haciéndola objeto de sus más estudiadas galanterías.

—Cada día está usted más hermosa, Camilita, y yo estoy perdiendo la cabeza por usted. ¿Cuándo se decidirá a hacerme el más feliz de los mortales?— le recitó, como leyendo una novela cinematográfica.

Camila, ruborizada, repuso:

—Espere, Elmer... Todavía no le conozco bien...

—Pero si nos tratamos desde hace diez años...

—Precisamente por esto, Elmer, no me decido... porque aun no nos hemos tratado bastante.

—¡Caramba! Pues si espera usted mucho...

—Los enamorados han de tener paciencia...

—Camilita, diez años son... años. En fin, esperaré, ya que tengo la esperanza de que el mejor día sea usted misma quien se me declare.

—¿Usted cree?

—Por usted yo sería capaz...

En aquel momento apareció el tosco pero simpático Casiano, el segundo pretendiente de Camila, y, en honor a la verdad, el que más prefería ella de los dos que aspiraban a su linda mano.

—Buenos días, Camila — saludó Casiano.

Y a Elmer, que lo partiese un rayo, ya que delante de la mujer amada era un rival.

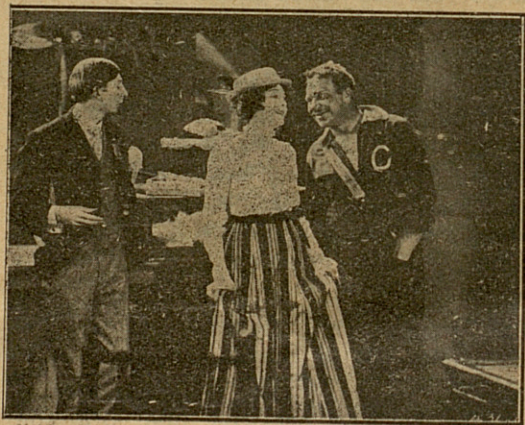
Camila hablaba ora con uno, ora con otro, y, súbitamente, preguntó, desagradablemente sorprendida:

—¿Qué olor es este?

Casiano, que al fin había comprobado que el olor que había sentido en casa de la madre del nene lo llevaba él pegado al faldón de su americana, sin que, por mucho que frotase, lograse hacerlo desaparecer, palideció en toda la extensión de su cara y arru-

gó nerviosamente la parte del faldón interesada por la peste...

Elmer, el muy necio, ajeno a la realidad, repuso, satisfecho:



—Buenos días, Camila.

—Soy yo, Camila...

Se refería al perfume que se había puesto, creyendo que había llamado poderosamente la atención de la codiciada mujer.

Camila, apartándose de Elmer, le dijo, dejándole atónito, estupefacto, turulado, pasmado, patético e intransferible;

—Ya me lo parecía a mí... Y por no oler este perfume iré al juego de base-ball con el señor Casiano..

El trapero vió el cielo abierto y sonrió, agradecido, a San Pedro.

Inútil decir que se guardó muy mucho de salir por los fueros de la verdad, porque, si bien él era partidario de ella, en aquella ocasión le hubiese partido por la mitad.

Aquel día, habíamos olvidado decirlo, se celebraba un partido de entrenamiento extraordinario.

Camila y Casiano salieron de la tienda y subieron al carro del trapero, encantada la gentil muchacha de sentarse al lado de su amable pretendiente, mientras Elmer se daba a todos los demonios, maldiciendo al fabricante del perfume que se había puesto para "épater" a Camila. Lo cambiaría inmediatamente, para rehabilitarse ante ella.

Durante el trayecto de la tienda al campo de juego, Casiano, que temía que Camila descubriese la causa del insoportable olor que despedía su americana, dijo, para despistar:

—¡Cómo se pega el olorcito! Todavía me está dando en la nariz.

—Es verdad. Es usted como yo. Yo sentiré ese “perfume” todo el día.

—¡Qué casualidad! Yo también, Camilita... y celebro que nuestras narices sean de tan raro parecer...

Siguieron hablando, y si alguien hubiese observado a Camila, habría visto que estaba contentísima teniendo a su lado a Casiano, del que estaba, sí, enamoradísima.

*
**

Mientras Casiano llegaba con Camila al campo, quedándose él en la explanada y sentándose ella en una grada del público, se acercaba al pueblo un forastero. Guiaba un cochecito y apenas en Villacéntrica se hizo indicar el camino más corto para ir al campo de juego, pues el motivo de su viaje era asistir a un partido y contratar al mejor jugador, a Casiano, cuya popularidad había llegado hasta los más renombrados equipos del país.

Los provincianos que hablaron con él lograron enterarse, acuciando su vanidad con sus preguntas, de la razón de la presencia

del forastero en la localidad, y el nombre de Casiano corrió de boca en boca.

Y sucedió que Elmer, que, como hemos dicho, iba siempre en busca de ocasiones, se impuso seguidamente de la importancia que tenía allí y en otras partes Casiano, y sus ojos brillaron como ascuas al oír que el contrato que le iban a proponer al gran jugador era cuantioso. ¡Nada, una fortuna!

—¿Seiscientos, decís? — preguntó a los que le hablaron de ello.

—Sí, Elmer. El equipo de los Gigantes de Nueva York ha mandado aquí a ese señor para que si el juego de Casiano es tan bueno como dicen, lo contrate por seiscientos dólares por semana.

—¡Zambomba! Pero ¿es posible? ¿Seiscientos dólares a un traperero?

Y Elmer, no volviendo de su asombro, entró en el café del pueblo y al poco rato salió de él montado en bicicleta.

¡Le urgía entrevistarse con Casiano, y conveníale hacerlo antes que el forastero!

¿Qué se proponía?

De todo era capaz el secretario, menos de hacer algo bueno.

En el campo, Casiano, como siempre que jugaba, era el amo absoluto e indiscutible. Pelota que le lanzaban, pelota que recha-

zaba con el palo con precisión que entusiasmaba a amigos y enemigos, aunque éstos, como era natural, se resistiesen a demostrárselo.

El forastero se acercaba al campo de juego, y he aquí que se dolió de pronto de una mejilla, muy cerca de la nariz, por efecto de haberle caído una pelota, la que en aquellos momentos lanzara Casiano.

—¡Vaya ways! — exclamó el forastero—. ¿De qué palmera ha caído esta pelota?

Un labriego que pasaba por allí le respondió:

—Casiano debe haberla tirado.

—Entonces ya estoy cerca del campo, ¿verdad?

—¿Cerca?... El campo de base-ball está a dos kilómetros de aquí.

—¡Macanudo, ché! ¡Vaya tiazó! Vaya... vaya ways.

Y el forastero, entusiasmado, prosiguió su camino, anhelando encontrarse pronto ante aquel fenómeno que enviaba la pelota a las regiones etéreas y limítrofes.

Elmer pedaleó de lo lindo y gracias a que sus piernas, largas y nerviosas, respondieron a su afán, pudo llegar al campo antes de que lo hiciera el forastero.

Cuando estuvo en él y aprovechando un descanso fué al encuentro de Casiano y le dijo, sin poder reprimir su emoción y su prisa:

—Casiano, tengo que hablarte en seguida. Se trata de algo importantísimo.

—¿Qué pasa? Habla, pero si se trata de Camila, pierdes el tiempo. Si tú la quieres, yo también la quiero, y ella, si no me equivoco, me quiere. De modo que, queriéndonos los dos, haz lo que quieras, pero yo no he de querer que tú la quieras.

—Dejemos esa cuestión aparte, Casiano. No vengo a ti como rival, sino como amigo. Ya sé que en materia de amor no valen perfumes ni vale nada. Ya se que tú, a pesar de no ser como yo, tienes más suerte con Camila. Dichoso tú, pero no te voy a tomar ojeriza por ello ni cosa parecida. Yo soy un buen amigo tuyo.

—Lo celebro, y, permítame que te lo diga, si no me lo dices no me lo creo.

—Oye, he tenido una gran idea, viéndote jugar como tú sólo sabes hacerlo.

—¿Qué idea has tenido tú, mazapán?

—No lo tomes a guasa, Casi, que te vas a caer de espalda cuando te enteres.

—Pues vacía...

—Casiano, mírame bien...

—No me gustas, pollito.

—Estoy hablando en serio, Casi. Hazme caso, Casi. Mírame bien, te digo.

—¿Lo dices por el sombrerito de paja? Procura que no te lo vea mi caballo.

—Eres insoportable. Mírame de una vez, hombre.

—Bueno, ¿qué ocurre?

—Mírame bien... Así... Vaya por Casiano... ¡Qué suerte tienen algunos hombres!

—Oye, oye...

—Sí, Casi, qué suerte tienes... No has perdido el tiempo mirándome. Has estado viendo, contemplándolo a tu antojo, que es mucho, al que va a ser tu apoderado.

—¿Mi qué?...

—Tu representante, el que hace y deshace en tu nombre.

—¿Y qué vas a hacer tú por mí? ¿Quitarme a Camila?

—Deja en paz a esa niña. Te estoy hablando de negocios.

—¡Pero habla claro, retortijones!

—Pues, para que lo sepas, ingrato, ya te he conseguido un contrato.

—¡Ah! ¿Sí? A ver...

—Léelo.

—Hombre, no puedo... porque no sé leer. Sé cantar, contar, reír y beber, pero leer y

escribir, no. Es raro, pero es así. Por lo tanto, enséñale el contrato al Pecas. Aquí lo tienes. Aunque de corta edad, es muy listo. Yo lo aprecio mucho y él es el encargado de leérmelo todo y de escribir todas mis cartas.

El Pecas, un muchacho de muchas ídem, leyó en voz alta el documento extendido por Elmer, el cual decía:

“Por la presente nombro mi apoderado a Elmer Putnan y me comprometo a jugar a base-ball por él por la suma de cincuenta dólares por semana”.

El Pecas, meditando sobre aquellas proposiciones, y conocedor de la “indiosincracia” de Elmer, pues lo sabía un indio, repuso:

—Si no añades una frase que diga que todos los gastos están pagados, este contrato no vale una higa.

—Si no es más que eso...

—Pónlo y Casiano firmará.

—Toma, ya está.

—Atención a la caja, Casi; voy a releer el “docu”, para que te enteres.

Y El Pecas repitió la lectura:

“Por la presente nombro mi apoderado a Elmer Putnan y me comprometo a jugar

a base-ball por la suma de cincuenta dólares por semana... y gastos pagados."

Y dijo, al terminar, a Casiano:

—Firma. El "docu" está en regla.

—¿Dónde he de firmar? ¿Arriba o abajo?

—Si es tu gusto, firma en los dos sitios — repuso Elmer.

—Abajo, hombre. Firma al pie.

—¿Al pie? Hombre, cosa nueva. Así es verdad lo que dicen del notario, que hace la mayoría de las cosas con las patas.

—No, Casi, no, al pie quiere decir aquí abajo, después de estos títeres negros que ha trazado Elmerito — le enteró El Pecas.

—¡Ah! Sí, hombre: al pie. Ya sabía yo que lo iba a meter el pie.

Y firmó como pudo, haciendo su lengua tantas piruetas como su pluma.

A poco apareció el forastero y buen cuidado tuvo Elmer de presentarse ante él para no permitir que nadie estorbase su plan.

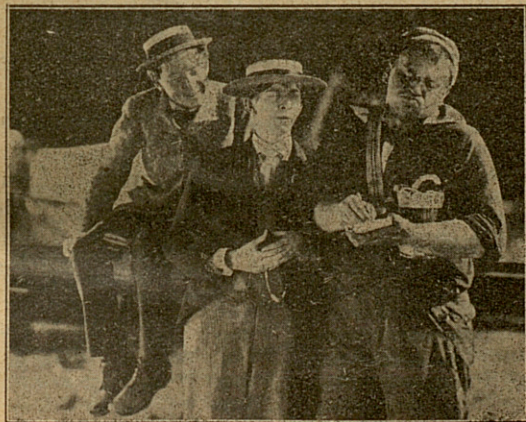
El forastero se presentó a sí mismo.

—Soy Pantaleón O'Dale, del equipo de los Gigantes, y he venido aquí para contratar a Casi... Casiano.

—Encantado, don Panta... Pantaleón... Yo soy Elmer Puntnan, el apoderado de

Casi... de Casiano. Hace muchos años que lo soy.

—De primera, joven, de primera. Y alégrese usted, pues el contrato es de lo mejorcito hoy día.



Y firmó como pudo...

El juego se reanudaba, y Pantaleón, cogiendo un palo, dijo a Elmer:

—Vamos a ver a ese fenómeno cómo se porta con el "bat" antes de firmar el contrato.

Casiano aceptó de mil amores la prueba y jugó como los propios ángeles, si es que a éstos les está permitido jugar a base-ball.

Pirrado, el forastero no quiso permanecer un minuto más en el pueblo, temeroso de que Casiano se arrepintiese de haber aceptado y le dijo a Elmer:

—Empaquételo, que me lo llevo hoy mismo a Nueva York.

Luego, dirigiéndose a Casiano, que estaba bebiendo bocks de cerveza que con sus compañeros sacaba de un barrilito colocado en el campo para celebrar sus éxitos, le habló cariñosamente, viendo en él el puntal que necesitaban los Gigantes de Nueva York.

—Vaya a envolver una muda de ropa limpia, que nos vamos al país de los rasca... de los rascacielos.

—¿Yo? Pero ¿es pito... pitoreo?

—No, amigo, es pito, pito, colorito... Es la fortuna, amigazo.

—Eso ya me interesa, pero vivo tan bien aquí...

—No sea usted iluso. Atienda un poco. Figúrese abarrotado de gente el inmenso estadio de Polo.

—¿Qué Polo, el del licor?

—Sí, hay licor, hay de todo... Y váyase usted viendo con el "bat" en la mano, y veinte mil voces gritando: "¡Viva Casiano!"

—Hombre, hombre, tantas bocas...



—Conozco una, ¡ay qué rica!...

—Y en cuanto a chicas, vaya ways... Conozco una, ¡ay qué rica! ¿A usted le gusta la merme... la mermelada?

—Una barba... una barbaridad; pero no hable tan alto, que allí está mi chica.

—¡Bah! Ya verá usted cosa buena. Cuan...

do vea aquellas chicas que se pasean por Broadway, se olvidará en seguida de esa palurda...

—No señale, por Dios, que la niña no es ciega.

Cerrado el trato, encantado de la vida, Casiano se reunió con El Pecas y Elmer, y el muchacho dijo a éste, frotándose las manos, contento ante el viajecito a Nueva York con el campeón de base-ball:

—Razón tiene Casiano de alegrarse de haber hecho añadir en el "docu" la cláusula de "gastos pagados", porque cuando él comience a meterle mano a esos gastos, tendrás que alimentarte con la paja de tu "canotier".

Elmer hizo una mueca. ¿Le habría salido el tiro por la culata? No, no; Casiano cobraría 50 dólares y él 600. La diferencia no sería cubierta, ni pensarlo, con gastos extraordinarios.

Pero El Pecas y Casiano no eran necios y la intervención de Elmer les era molesta y se la harían pagar cara.

*
**

Quando Casiano recogió a Camila para acompañarla a su casa, ella le dijo, al ponerse en marcha el carro del trapero:

—¿Qué quería decir el señor forastero cuando señaló así?

¡Atiza! Camila se había fijado en la demostración que hiciera Pantaleón del cuerpo de las mujeres de Nueva York, pero pudo salir del paso de esta suerte:

—Lo hizo para enseñarme las curvas que hacen las pelotas en Nueva York antes de caer a tierra.

Y recordando lo que le dijera Pantaleón acerca de las chicas, Casiano se sentía osado, y, gustándole una barba... una barbaridad Camila, trató de atraérsela rodeándole el talle con la mano que no sujetaba las riendas.

Pero ¡Jesús! jamás lo hiciera, pues la niña, más pudorosa que una esquimal, se indignó ¡y de qué manera!

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

A Casiano le pareció al principio que se ponía a vocalizar, para cantarle algo sugestivo, pero ella le cantó las cuarenta e hizo bola.

—Señor Casiano, yo le creía a usted un caballero, pero veo que me he equivocado. Es usted de los hombres que ponen en las novelas y a quienes llaman tenorios. Pare el carro. Iré a mi casa andando aunque me lastime los pies con las piedras del camino. Yo soy una señorita, señor Casiano, y estoy muy enojada.

Casiano procuró por todos los medios reconciliarse con Camila, pero ésta se mantuvo en su tremebunda actitud.

Malo, malo... ¡Con lo que la quería Casiano!

*
**

Casiano, en Nueva York, era el hombre del día.

El Pecas le seguía a todas partes, con Elmer, pero éste únicamente para pagar, y si los gastos del ídolo continuaban como habían empezado, Elmer tendría que venderse al mejor postor, como momia prehistórica.

Casiano parecía empeñado en arruinar a Elmer, como si estuviese enterado del timo que le había hecho haciéndole firmar un contrato de 50 dólares semanales cuando él cobraba 600, y como para sí y para El Pecas no podía gastar una barbaridad, invitaba a sus admiradores a refrescar el gáznate con champagne auténtico de la viudita.

El "manager" del equipo de los Gigantes, al comprobar que Casiano era un hombre muy cabezudo, dijo a Pantaleón, severamente:

—Péguese a Casiano y no permita que beba más de la cuenta, porque si mañana no

puede jugar, perderemos el campeonato y usted el empleo.

—Bueno... Pero es el caso que Casi no me quiere a su lado... Tendré que ponerme una barba postiza para que no me conozca.

—No está mal la idea... Póngase la barba esa que dice y Casiano se creerá que es usted el general Grant.

Aquel día, en la pensión, Casiano recibió una carta de Camila, poniéndose muy contento; pero como no sabía leer y no estaba con él en aquel momento El Pecas, se la dió a leer a Elmer.

La carta decía:

"Mi querido señor Casiano:

No quiero creer una palabra de lo que Elmer me dice de usted, porque yo sé que no es verdad que beba ni que ande con mujeres. Pienso ir a esa para verle ganar el campeonato. No olvide que le ama como nunca

Camila"

"P. D. Llegaré en el tren de las once y media. Le ruego vaya a esperarme a la estación".

Peró Elmer cambió el texto, por convenirle, a su manera. Véase:

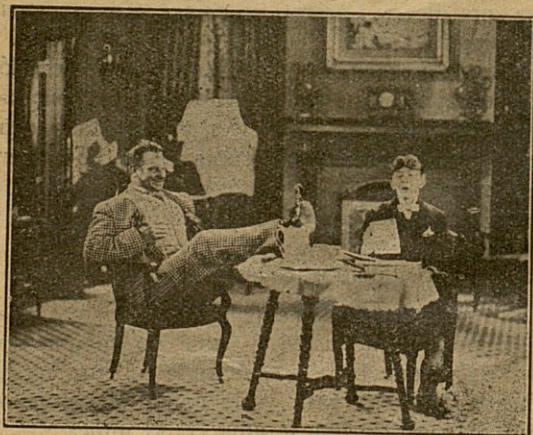
"Querido señor Casiano:

Me dicen que se emborracha todos los días
y que anda siempre con mujeres.

No quiero volver a verlo en mi vida.

Suya, sin amor,

Camila".



"Querido señor Casiano"...

—¡Oh! Pero, ¿quién le ha contado esas patañas? Está bien; ya me voy cansando de que me tomen por un necio. Voy a demostrar quién soy yo. ¡No faltaría más! — exclamó, disgustado, Casiano.

—¿Qué vas a hacer? Estás desconocido...

—Voy a dar una leccioncita a Camila. Se la merece por no tener confianza en mí. Yo soy así: trapero con romana honrada.

Elmer temió por su cartera y no anduvo desacertado, pues Casiano se hizo reservar un palco entero para la función del Casino, donde se representaba una revista, ridícula en nuestros tiempos, pero sugestiva en aquellos, e hizo hacer crecidos apuntes en la cuenta de "gastos pagados".

Las muchachas de la revista simpatizaron con Casiano, y le obligaron a dirigir la palabra al público, que al reconocerle le tributó una ovación.

Casiano saltó del palco al escenario, por vía aérea, y después de destrozar, al caer, varios instrumentos de la orquesta, pudo subir a las tablas y dijo al público:

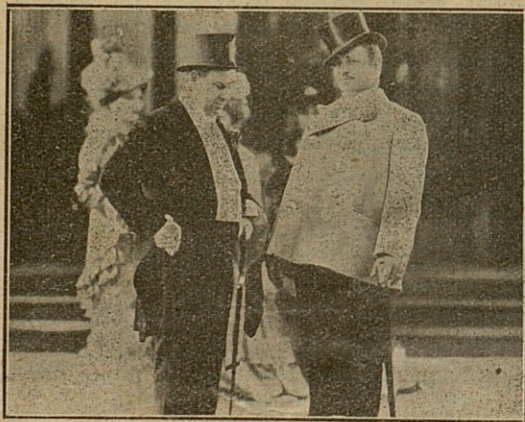
—Señoras y caballeros: Lo que no puedo deciros con la boca, os lo diré mañana con la pelota.

Después de la función invitó a varias coristas a ir a beber champaña a un restaurante nocturno, y Elmer pagando y Pantaleón vigiándole, pasaron muy malos ratos.

Fueron de "cabaret" en "cabaret" con las mocitas y a pesar de haber ya usado todas las barbas que tenía, Pantaleón no lo-

gró intimidarle para que se marchase a dormir.

Camila había llegado a Nueva York. Elmer fué a recogerla y para que ella viese a



Fueron de cabaret en cabaret...

Casiano con otras mujeres la llevó al "cabaret" donde él se hallaba en aquellos momentos con el desesperado Pantaleón.

Casiano la vió sentada a otra mesa con Elmer, y quiso hacerla rabiarse, bebiendo champaña sin freno y besando a las coristas.

Camila lloraba y Casiano, mareado y bajo la influencia de un tango a lo Gardel, que cantaba un camarero, también se puso a llorar y fué al encuentro de la amada e hicieron las paces confundiendo sus lágrimas.

Pantaleón y Elmer eran tal para cual, es decir, un par de sinvergüenzas. Pantaleón expuso a Elmer una idea y éste la aceptó: dejarían que Casiano se emborrachase hasta caerse y apostarían grandes cantidades por el equipo contrario. ¡Un gran negocio!

Pero Casiano, al despertarse, se dió un baño turco, cosa muy propia para una turca, y los vapores del alcohol se volatilizaron.

Pantaleón y Elmer, al verle tan fresco, sorprendiéronse extraordinariamente y decidieron impedir a toda costa que él jugase aquel día. Pero, en primer lugar, trataron de sobornarlo.

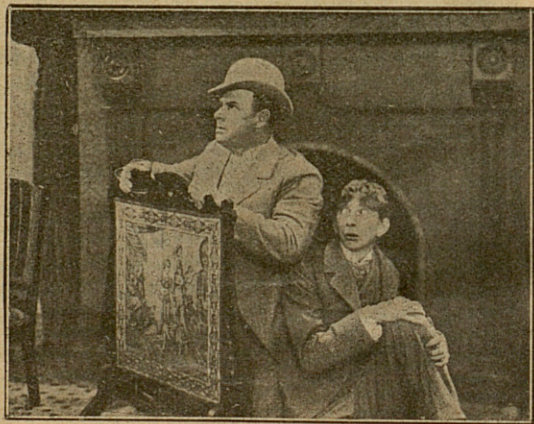
—Creíamos que hoy no podrías jugar, porque estabas más borracho que Noé, y apostamos todo nuestro dinero a favor del Pittsburgo.

—¿Qué? ¿No os da vergüenza lo que habéis hecho?

—Casiano, si te juntas con nosotros. ga-

naremos una burrada de dólares. Si vas por las tuyas, nos quedaremos sin camisa.

—Pero, ¿cómo os atrevéis a proponerme semejante pillada? ¿Qué pensaría de mí mi Camila?



Pantaleón y Elmer, al verle tan fresco...

—Si hicieses la trampa con disimulo, nadie se enteraría... Además, tú no ibas a decírselo a Camila.

—Si hiciese lo que me proponéis, hasta los niños maldecirían mi nombre! ¡Largo de ahí, sinvergüenzas!

Pantaleón no se dió por vencido y secundado por Elmer logró, haciéndole estornudar sin parar con unos polvos, convencer a Casiano de que estaba muy resfriado y con alta fiebre, por lo que le convenía meterse en cama y sudar al menos durante unas horas.

Casiano, asustado por los imparables estornudos, se acostó, para levantarse con tiempo para ir al campo de juego, pero Pantaleón y Elmer salieron de la pensión, dejándolo durmiendo y con el reloj atrasado de varias horas, para que, si se despertaba, no se apresurase a ir al campo.

El partido empezó sin Casiano y se acababa ya la derrota de los Gigantes.

Pero El Pecas, extrañado de la ausencia de Casiano, fué en su busca, y logró arrancarlo de la cama, llegando el ídolo poco después al campo de juego, con tiempo para jugar la última parte, que podía dar aún a los Gigantes la victoria.

Viéndose perdido, Pantaleón recurrió a los grandes extremos y, reteniendo una pelota lanzada por Casiano a las gradas, le mandó una pelota amaestrada, para hacerle fallar el golpe, pues aquella pelota era indómita.

Y Casiano por primera vez en su vida de

jugador falló un golpe, y no sabía cómo explicárselo.

Y todos le despreciaron, porque creyeron que se había vendido, perjudicándole las apuestas que hicieron a favor del equipo contrario su apoderado y Pantaleón.

Pero su honradez tenía que ser premiada, y además de descubrir él mismo a los autores de su derrota, pues los sorprendió repartiéndose las ganancias, los compañeros de equipo vinieron a buscarle y le hicieron presidir un banquete organizado en su honor.

¿Qué significaba aquello?

Se lo explicaron: había sido hallada la pelota amaestrada, que nadie, por más Casiano que fuese, podía detener, y el partido había sido anulado y se celebraría al día siguiente.

Reinó gran alegría durante el banquete, y a la hora de los postres Casiano recibió un regalo estupendo: la definitiva reconciliación con Camila, que ya no se apartaría jamás de su lado.

¡Vaya, vaya ways!

F I N

Próximo número:

La hilarante novela

¡VENGA ALEGRÍA!

por HAROLD LLOYD

En breve, en las

SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
EL CAPITAN SORRELL

RETENGA USTED ESTE TÍTULO

Uno de los asuntos más humanos presentados en la pantalla. Un canto al amor de padre.

Preste atención al cuadro de artistas
que interpretan esta joya de
LOS ARTISTAS ASOCIADOS

H. B. Warner, Alice Joyce, Nils Asther,
Anna Q. Nilsson, Carmel Myers, etc.

¡Un éxito más para

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

que sólo publica en sus Ediciones Especiales

LO MEJOR!

Gran éxito del tomo 12 de la Biblioteca
«Nuestro Corazón», con la novela cubana

María - Luisa

por

MANUEL REINLEIN SOTOMAYOR

Episodio de Amor y de Guerra

que acaba de aparecer.

CHANG

es la mejor novela de aventuras

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID

[B.]